

poder escapar con vida y refugiarse en Málaga seguidos de un pequeño grupo de leales.

Mientras tales escenas ocurrían en Granada, la reina Isabel de Castilla con su acostumbrada actividad despachaba desde Córdoba cartas y provisiones apremiantes á las ciudades y caballeros de Castilla, de León, de Galicia, de Extremadura y de Vizcaya, para que acudiesen con viveres y contingentes á proseguir la guerra contra los moros. Supo que andaban por África emisarios de Muley Hacén pidiendo socorros y reclutando gente del rey de Marruecos, é inmediatamente mandó armar una escuadra, que encomendó á dos de sus mejores almirantes, para que con ella cruzasen el Estrecho é impidiesen todo desembarco y comunicacion con la costa de Berbería. Pero la expedición principal que se proyectaba era contra Loja, rica ciudad, situada en un profundo y delicioso valle que atraviesa el Genil entre dos escabrosas sierras, cuya conquista era importantísima, así para asegurar la posesión de Alhama, como para abrir y facilitar la entrada á la vega. Defendíala, además de su natural posición, que la hizo llamar *la flor entre espinas*, una buena fortaleza, y habíase reforzado su guarnición con tres mil hombres de gente escogida al mando del valeroso y veterano Aliatar, que había sido un pobre especiero, y por sus hazañas se había elevado á los mas altos cargos de la milicia. El rey Fernando, ansioso de distinguirse en esta guerra y mas fogoso esta vez que prudente, sin esperar á que acabaran de reunirse los subsidios de las ciudades, y contra el dictámen del entendido marqués de Cádiz y otros prácticos caudillos, determinó ponerse sobre Loja, y cruzando por Écija el Genil con una hueste de cuatro ó cinco mil caballos y de ocho á diez mil peones, llegó á la vista de Loja y sentó sus reales á orillas del río entre cuestras, olivares y barrancos, donde no podía desplegarse la caballería (1.º de julio), y donde las acequias y colinas no permitían ni socorrerse con oportunidad, ni siquiera observarse entre sí los diferentes cuerpos.

Pronto advirtió el diestro Aliatar los desaciertos de los enemigos, y mas conocedor que ellos del terreno, hizo emboscar una parte de su gente entre los olivares y huertas á la falda del cerro de Alboacen. En una salida que despues hizo fingió retirarse huyendo de las lanzas conducidas por el maestre de Calatrava; los cristianos llenos de ardor seguían al alcance, cuando se vieron bruscamente arremetidos por los emboscados, revolvieron tambien sobre ellos los lanceros y flecheros de Aliatar, una lluvia de saetas descargó sobre el joven y valeroso maestre de Calatrava, don Rodrigo Tellez Giron, que peleaba en primera línea, y se distinguía por la cruz colorada del hábito de su orden, y dos de ellas con puntas envenenadas se le clavaron debajo del brazo por la cortadura del arnés, que le causaron la muerte á las pocas horas con gran pesadumbre de todo el ejército (1). Fernando conoció ya su error y retrocedió á Riofrio, dando orden á los suyos para que levantaran las tiendas del cerro de Alboacen. No bien habían ejecutado á la mañana siguiente esta operación, cuando vieron ya á los moros posesionados de aquella altura; apoderóse á su vista el pavor de los cristianos, y ya no pensaron sino en salvarse en la mas precipitada fuga. Aprovechó Aliatar el desorden del campo enemigo; y saliendo de Loja con todas sus fuerzas se lanzó con tal furia sobre los contrarios, que solo un esfuerzo de serenidad del rey puesto á la cabeza de su guardia y de una banda de caballeros pudo detener al formidable moro y salvar al ejército de su total ruina. Siguióse un combate terrible, en que peligró muchas veces la vida de Fernando, no menos que las de los caballeros castellanos que presentaban sus pechos por salvarle, y principalmente la del marqués de Cádiz, que á la cabeza de unas setenta lanzas, y aun peleando á pié despues de muerto su caballo, tuvo á raya á los moros y dejó sin vida algunos de sus capitanes. Corrió no obstante con abundancia la sangre de los caballeros castellanos. El condestable don Pedro de Velasco recibió tres cuchilladas en el rostro; el conde de Tendilla sufrió heridas graves y estuvo á punto

(1) Una humilde cruz de piedra, llamada *la Cruz del Maestre*, ha conservado hasta hace poco en Loja la memoria del sitio en que según tradición cayó muerto aquel malogrado caballero.

de caer en manos del enemigo, lo mismo que el duque de Medina del Campo, que quedó desmontado y atropellado por la caballería. Al fin los moros comenzaron á aflojar, y pudo el rey continuar su retirada hasta la Peña de los Enamorados, distante siete leguas de Loja, y desde allí prosiguió sin obstáculo á Córdoba (2).

Gran pesadumbre causó á la reina el éxito desgraciado de esta empresa, si bien con su natural prudencia se abstuvo de demostrarlo en público ni hacer demostración alguna de sentimiento. La guarnición de Alhama fué la que mas desalentó creyéndose ya perdida, y fué menester toda la entereza del gobernador Portocarrero para contener la indisciplina de los soldados y evitar que abandonaran la plaza: él con su ejemplo y sus vigorosas arengas infundió nuevo aliento y ardor en los ánimos abatidos, y vinoles bien á todos, porque no tardó en presentarse por tercera vez al pié de los muros una legión sarracena suponiendo á sus defensores acobardados. Por fortuna ni estos lo estaban ya, ni la reina pudo consentir que quedaran sin socorro, y estimulados por ella el rey y los caballeros andaluces volaron en auxilio de los alhameños con multitud de acémilas cargadas de provisiones. Por tercera vez tambien huýeron de aquel sitio funesto los pendones mahometanos al asomar las banderas cristianas. Abasteciéronse los almacenes de vituallas, é informado el rey de las fatigas, privaciones y pervigilios de aquellos heroicos defensores, relevó la guarnición dejándola al cargo del conde don Juan de Vera.

Reducido en tanto Muley Hacén á la ciudad y distrito de Málaga que le permanecían fieles, limitábase á hacer algaras y correrías por los campos de Estepona, de Algeciras y de Gibraltar, si bien costándole á veces sostener vivas refriegas con los alcaides de las fortalezas cristianas, tales como los intrépidos Pedro de Vera y Cristóbal de Mesa, que algunas veces daban no poco que hacer con sus valientes lanceros al expulsado rey de Granada.

Los monarcas castellanos, por el contrario, pensaron entonces seriamente en emprender una guerra formal bajo un plan bien meditado que les diera por resultado algun día la conquista del reino granadino. Al efecto acordaron volver á Castilla, dejando las fronteras de Andalucía encomendadas al celo de capitanes valerosos y experimentados, la de Jaén á cargo del conde de Treviño, al del maestre de Santiago Alonso de Cárdenas la de Écija, nombrando asistente de Sevilla por fallecimiento de don Diego de Merlo al conde de Cifuentes, y dando órdenes á los adelantados, duques, marqueses, condes y alcaides de toda la línea para que cada cual vigilara su distrito con esmero. Con esto se vinieron á Madrid para acordar con las cortes sobre los medios de realizar sus planes. Atentos los reyes á todo, dedicáronse á reformar los abusos que se habían introducido en las hermandades de los reinos. Celebraron al efecto en la inmediata villa de Pinto junta general de todos los diputados de las provincias, y de todos los procuradores, tesoreros, oficiales y letrados de las hermandades. En esta reunión cada cual exponía las quejas, los agravios, abusos ó vejaciones de que tenía noticia, bien por parte de los capitanes, empleados ó cuadrilleros de la hermandad, bien por la de los diputados mismos. Los reyes oyeron todas las demandas y querellas, hicieron justicia sin excepcion de personas, moderaron los salarios, reorganizaron en fin y acabaron de moralizar la institución, y agradecidos los procuradores de las hermandades á su imparcial y justiciera conducta, les otorgaron hasta ocho mil hombres y diez y seis mil acémilas que habían pedido para reforzar y abastecer de mantenimientos la guarnición de Alhama. Á su ejemplo todos los partidulares y personas pudientes del reino, á una indicación de sus soberanos, les facilitaron un empréstito general, contribuyendo cada cual según sus facultades, en la confianza de ser religiosamente reintegrados. Asimismo el pontífice expidió una bula para que el clero y las órdenes militares y religiosas así de Aragón como de Castilla les acudiesen con un subsidio para las necesidades de la guerra, y otorgó los honores é indulgencias de cruzada á todos los que en ella se alistasen

(2) Conde, part. IV, c. 35.—Pulgar, part. III, caps. 8 y 9.—Bernaldez, c. 58.—Lebrija, lib. I, cap. 7.

para pelear contra los moros. Con esto se hallaron los monarcas provistos de recursos (febrero, 1483) para pagar sus atrasos al ejército y para dar grande impulso á los preparativos de la guerra (1).

Pero la nueva fatal de un suceso, mas desastroso aun que el de la malograda expedición de Loja, vino á este tiempo á turbar la alegría y las halagüeñas esperanzas de los reyes, de la corte y de los pueblos. El maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas, encargado de la frontera de Écija, ansioso de señalarse con alguna hazaña contra los moros, determinó hacer una invasión en la Ajarquía de Málaga, fiado en las noticias que le habían dado sus adalides de que allí, despues de atravesar algunas sierras y bosques, hallaría una comarca deliciosa donde pastaban numerosos rebaños de que podría apoderarse fácilmente, volviendo por un camino llano con inmensa presa y privando de sus mejores mantenimientos á los moros de Málaga. En vano el marqués de Cádiz le expuso que según sus noticias la Ajarquía era un país montuoso y enriscado, lleno de barrancos y precipicios, propio solo para abrigo de bandoleros y saltadores. El plan del maestre de Santiago fué á pesar de estas reflexiones seguido, y en su virtud reunidos en Antequera los capitanes fronterizos, el marqués de Cádiz, el adelantado don Pedro Enriquez, el conde de Cifuentes, don Alonso de Aguilar y otros caballeros, con las banderas de Córdoba, de Sevilla, de Jerez y otras ciudades de Andalucía, la mas lucida, aunque no la mas numerosa hueste que en muchos años se había visto, emprendieron su marcha (marzo; 1483) con la esperanza de volver cargados de material riqueza, y con la confianza de no encontrar quien pudiera atreverse á resistirles.

Tropezando pronto con escabrosos cerros y con ásperas y tortuosas veredas á orillas de hondos precipicios, iban hallando solamente pobres y desiertas aldeas, cuyos infelices habitantes huían con sus ganados á refugiarse en las cuevas ó en las cumbres casi inaccesibles de las montañas. Los soldados se vengaban en incendiar chozas y en cautivar ancianos á quienes sus achaques no habían permitido seguir á sus fugitivas familias. En esta marcha de devastación se fueron internando insensiblemente y sin orden, porque no lo consentía el terreno, en lo mas fragoso de las sierras. El ruido de los peñascos que se derrumbaban de lo alto de los riscos cayendo sobre la retaguardia de los cristianos, y arrojando en su ímpetu algunos soldados al fondo de los valles, mezclados con una lluvia de venablos y de saetas, avisaron á los expedicionarios, juntamente con los gritos de los moros que coronaban las cumbres, del paso peligroso en que se hallaban metidos. Con ansia esperaban la luz del día para variar de rumbo: pero azorados ya los adalides, cada vez iban metiendo el desordenado ejército en mas intrasitables sinuosidades. Para colmo de su mal, aperebido el viejo Muley Hacén por las fogatas que se divisaban en los montes de que había enemigos en el territorio de la Ajarquía, ya que los suyos en atención á su edad y achacosa salud no le consintieron empuñar, como él quería, la cimitarra, y salir en persona á país tan agrio, envió á su hermano Abu Abdallah el Zagal, y á los dos Venegas, Reduan y Albul Cacim, con lo mejor de sus tropas á tomar la embocadura de la Ajarquía hácia el mar y acuchillar á cuantos cristianos intentaran buscar por allí la salida.

Cuando los cristianos, siguiendo su fatigosa marcha por las vertientes de la sierra, divisaron la ordenada hueste de los musulmanes, creció su confusión y su aturdimiento, muchos por huir resbalaban y caían despeñados en los barrancos, atropellábanse unos á otros, y nadie pensaba sino en salvar su persona. En tal situación el maestre de Santiago se mantuvo firme y sereno, arengó con fogosa energía á los suyos, *muramos*, les dijo, *faciendo camino con el corazon, pues no lo podemos hacer con las armas, é no muramos aquí muerte tan torpe: subamos esta sierra como hombres, é no estemos abarrancados esperando la muerte, é viendo morir vuestras gentes no las pudiendo valer.* Y espoleando su caballo trepó á una montaña seguido de los mas esforzados de

(1) Pulgar, Crón., p. III, caps. 12 y 14.

los suyos, pero perdiéndose en aquella subida su alférez el comendador Becerra, y rodando otros por aquellos despeñaderos. El marqués de Cádiz, guiado por un adalid leal, pudo ladear la misma montaña y salir de la sierra con unas sesenta lanzas. El conde de Cifuentes, el adelantado y don Alonso de Aguilar, no pudiendo seguir la tortuosa senda que el marqués llevaba, dieron en la celada del Zagal, que interpuesto entre unos y otros no los permitía socorrerse. Por todas partes eran los cristianos envueltos y despedazados, los unos con lanzas y alfanjes, los otros con flechas y venablos, con piedras los demás, siendo no pocos los que morían sin heridas abrumados del hambre y del cansancio, «é tan grande era el temor que tenían, dice el cronista, que ninguno sabia de su compañero, ni le sabia ayudar, y en aquella hora ni oían señal de trompeta que guardasen, ni donde se acaudillasen.» Allí perecieron tres hermanos y dos sobrinos del marqués de Cádiz con muchos caballeros de ilustre linaje. El nombre de *Cuestras de la Matanza* que quedó á las montañas de Cútar es un triste testimonio de la horrible mortandad que aquel día sufrieron los cristianos.

Salváronse por fortuna los principales caudillos como mejor pudieron. El marqués de Cádiz anduvo cuatro leguas de selva en un caballo que le prestaron para poder salir de la Ajarquía. El gran maestre de Santiago, que se encontró tambien á pié, tomó el caballo de uno de sus criados, y se salvó con un guia por los mas ásperos senderos. «No vuelvo las espaldas á estos moros, decia, pero fuyo, señor, la tierra que se ha mostrado hoy contra nosotros por nuestros pecados.» El adelantado Enriquez y don Alonso de Aguilar pasaron la noche entre unos peñascos oyendo la grita y algazara de los vencedores, y no pudieron hasta la mañana hallar salida á aquel laberinto por lugares fragosos. Mas desgraciado todavia el conde de Cifuentes, huyendo por desfiladeros dió en la emboscada de Reduan Venegas, el cual viéndole defenderse de una multitud de moros que le rodeaban quiso batirse con él cuerpo á cuerpo hasta que le rindió, prohibiendo despues bajo pena de la vida á los soldados que le injurieran ni le molestaran. Su hermano don Pedro de Silva y algunos otros caballeros se entregaron tambien al generoso moro, y todos fueron conducidos prisioneros á Málaga. Era tal el aturdimiento de los cristianos en su desastrosa huida, que á veces un solo moro desarmado hacia prisioneros á cinco ó seis cristianos con armas, y hasta las mujeres cautivaban á los que andaban por entre los matorrales atónitos y dispersos (2).

El desastre de la Ajarquía derramó el luto y la consternación en todos los pueblos de Andalucía; apenas habia familia que no llorara algun individuo muerto ó cautivo, y como dice un cronista, no habia ojos enjutos en todo el país. Los escritores de aquel tiempo atribuyeron la desgracia á castigo de la Providencia por las interesadas miras que dicen impulsaron á aquella expedición á los cristianos, y porque la codicia y no el mejor servicio de Dios los habia conducido allí, no cuidando de prepararse como gente religiosa que iba á pelear en defensa de la fe (3). Otros culparon de traición á los adalides. Al fin los que se salvaron se fueron reuniendo en Archidona y

(2) Bernaldez, cap. 60.—Pulgar, p. III, c. 19.—Carvajal, Anales, Año 1483.—El conde de Cifuentes, á quien el ilustrado Oviedo cuenta entre las mejores lanzas que habia en España en aquel tiempo, fué tratado con mucha consideración por los vencedores, igualmente que sus compañeros de prision. Despues de haberle tenido algun tiempo en Málaga, fué trasladado á Granada, cuando Muley Abul Hacén recobró el trono, y en 1486 logró su rescate por una cuantiosa suma de dinero. Los soldados y gente menuda fueron encerrados en mazmorras y vendidos despues como esclavos en las ferias públicas.

(3) Bernaldez dice que en no haberse confesado como correspondia, «dieron á conocer que no iban con buenas disposiciones, sino con poco respeto del servicio de Dios, movidos solo por la codicia y el deseo de una ganancia ímpia.»—Pulgar expresa que les sucedió por su soberbia y orgullo, y «porque la confianza que debían tener en Dios la pusieron en la fuerza de la gente.»—Y en un manuscrito de aquel tiempo se estampó «que mas iban á mercadear que á servir á Dios, porque pensaban que habia de ser el despojo como el de Alhama.»—La pérdida, según Bernaldez, el cura de los Palacios, fué de 800 muertos y 1,500 cautivos, entre ellos 400 caballeros de linaje. Pero hay variedad en los demás cronistas en cuanto á la cifra de muertos y prisioneros.

Antequera, algunos de ellos despues de haber andado muchos dias por los montes y breñas alimentándose de yerbas y raíces, volviendo escualidos y moribundos cuando ya se los contaba por muertos.

General fué la alegría que causó en Granada el desastre de los cristianos en la Ajarquía. Solo hubo uno que no participara del gozo público; que fué el rey Boabdil, el cual veía con envidia y con pena los aplausos que el pueblo daba á su padre Muley, y principalmente á su tío el Zagal. Comprendiendo pues Boabdil *el Chico* (1) que para no acabar de desconcertarse con los suyos, que ya le murmuraban al verle pasar la vida en las delicias de la Alhambra, necesitaba acometer tambien alguna empresa ruidosa contra los cristianos, juntó una hueste de mil quinientos caballos y siete mil infantes, la flor de los guerreros de Granada, con ánimo de entrar por la frontera de Écija, antes que se repusieran de su catástrofe los españoles. Contaba para ello con la ayuda del intrépido Aliatar, el veterano alcaide de Loja, á cuya hija, la tierna y sensible Moraima, habia hecho Boabdil la compañera de su trono y de su lecho, y era la sultana favorita. Al salir el rey por la puerta de Elvira espantóse su caballo tordo, y tropezando la lanza en la bóveda del arco se hizo astillas. A este funesto presagio, que no es el primer ejemplar de esta especie que nos han contado los escritores árabes, siguió otro de bien diferente índole, y no menos fatídico para los supersticiosos musulmanes. A poco de salir el ejército de la ciudad atravesó el camino una raposa por entre las filas de los soldados, escapando ilesa de las muchas flechas que estos la arrojaban. Aconsejaron algunos caudillos al rey que abandonara ó por lo menos suspendiera una empresa que se anunciaba con tan siniestros auspicios, pero el rey, mostrando despreciar tan pueriles pronósticos, «yo desafiaré, dijo, á la fortuna,» y prosiguió su marcha yendo á pernoctar á Loja (2).

Incorporado allí con su suegro Aliatar, pasó el Genil, devastó los campos de Aguilar, Cabra y Montilla, y procedió á poner sitio á Lucena. Mandaba en esta villa don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, el cual, noticioso de la invasión de los sarracenos, habia pedido auxilio á su tío el conde de Cabra, don Diego Fernandez de Córdoba como él, y preparándose á defender á todo trance la poblacion. Cercada esta y acometida por el ejército de Boabdil antes que llegara el socorro del conde de Cabra, el joven alcaide de los Donceles hizo tocar la campana de rebato; á su tañido acudieron los vecinos armados á las tapias y á las aspilleras, logrando rechazar los primeros ataques de los moros. A nombre de Boabdil intimó Ahmad, caudillo de los Abencerrajes, al alcaide de los Donceles, que si instantáneamente no le abria las puertas de la villa la entraria á degüello; «decid á vuestro rey, contestó Fernando de Argote en nombre del alcaide cristiano, que con la ayuda de Dios le haremos levantar el cerco de Lucena,

(1) Llamaron así los españoles, segun unos por haber sido proclamado muy joven, segun otros para distinguirlo de su tío, que se llamaba tambien Abdallah como él.

(2) A esta expedición de Boabdil alude el antiguo romance:

Por esa puerta de Elvira  
sale muy gran cabalgada...

¡Cuánta pluma y gentileza,  
cuánto capellar de grana,  
cuánto bayo borceguí,  
cuánto raso que se esmalta!  
¡Cuánto de espuela de oro,  
cuánta estribera de plata!  
Toda es gente valerosa,  
y experta para batalla.

En medio de todos ellos  
va el rey Chico de Granada,  
mirando las damas moras  
de las torres del Alhambra.

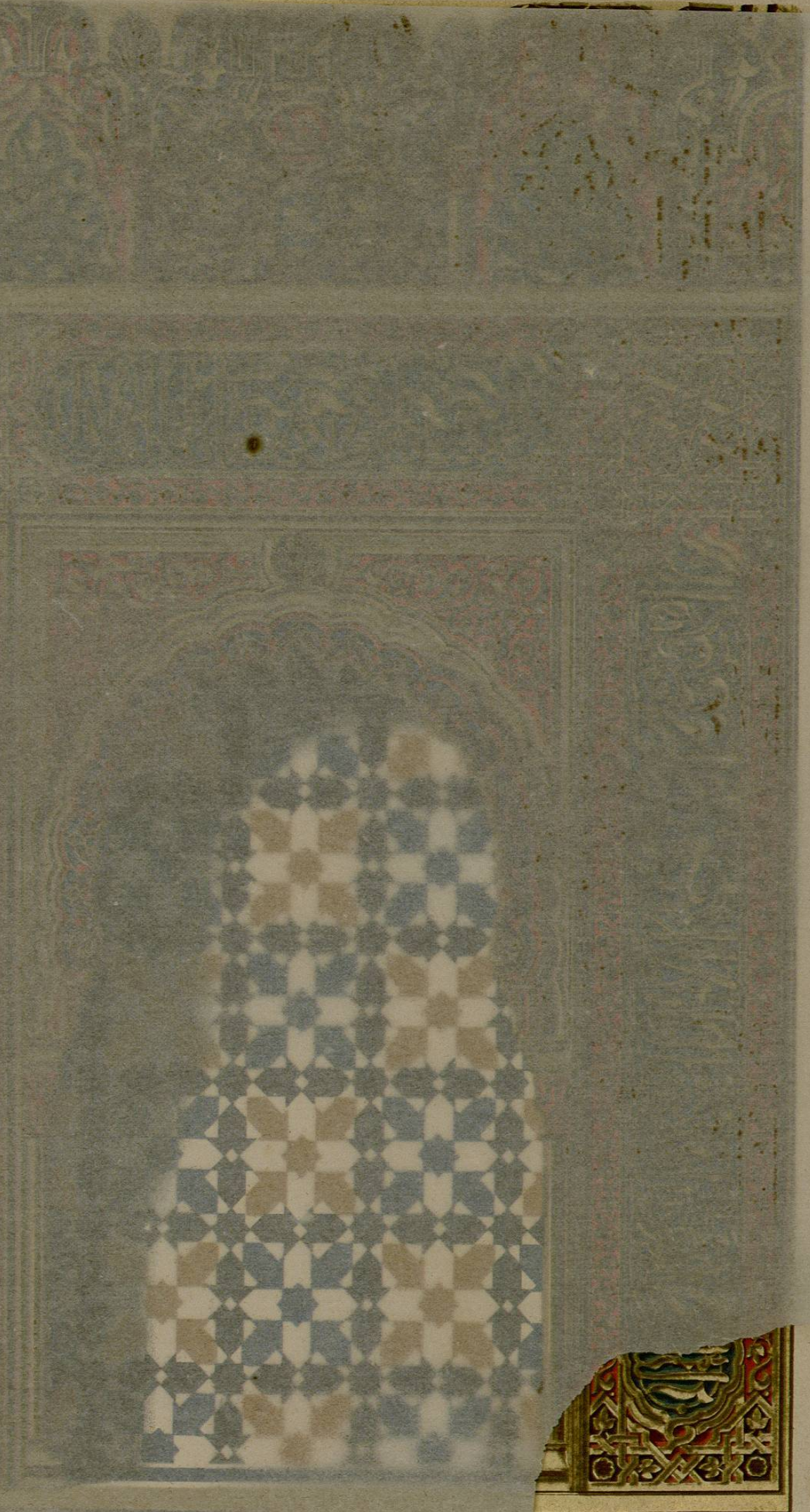
La reina mora su madre  
de esta manera le habla:  
«Alá te guarde, mi hijo,  
Mahona vaya en tu guarda!»

y sabremos cortarle la cabeza y ponerla por trofeo en nuestros adarves.» En esto un ruido estrepitoso de cajas é instrumentos de guerra, cuyo eco se repetía y aumentaba en las montañas, conmovió el campo agareno é hizo creer á Boabdil y Aliatar que venia sobre ellos todo el poder de Andalucía, y no era sino el conde de Cabra que acudia con los guerreros de Baena y demás Estados de su señorío. Una cobarde retirada de la infantería granadina proporecionó al conde y al alcaide reunir mas fácilmente sus banderas, y juntos los dos caudillos y animados de igual ardor salieron de la plaza en busca de la caballería enemiga, que encontraron en un llano dispuesta en orden de batalla y pronta á la pelea. Terribles fueron las primeras arremetidas de los caballeros Abencerrajes, pero no fué menos vigorosa la resistencia de los jinetes cristianos. Dudoso estuvo el combate; hasta que los escuadrones de Fernando de Argote y de Luis de Godoy rompieron y desordenaron las filas sarracenas, y obligaron á Boabdil y Aliatar á pelear revueltos en confusos pelotones. La aguda voz de unos clarines que resonando en un inmediato cerro hirió los oídos de los caudillos musulmanes les dió á conocer que nuevos enemigos los iban á atacar por el flanco. Era en efecto la gente de Alonso de Córdoba y de Lorenzo de Porras que se aparecía saliendo de una cañada y cruzando unos encinares. Creció con esto la confusion y el pavor entre los moros: la infantería sarracena atropellada por su misma caballería fugitiva abandonó las acémilas cargadas con el botín de la anterior correría, y todos juntos y en tropel emprendieron una retirada vergonzosa y torpe, cebándose en los que menos corrian las lanzas de los cristianos.

Solo un escuadron de nobles jóvenes granadinos se fué sosteniendo con mucho orden hasta las márgenes de un arroyo, en cuyo cieno se encallaban hombres y bestias que intentaban vadearle. Al frente de este escuadron peleaba un joven armado de lanza y cimitarra y de puñal damasquino, ceñido de corazas forradas en terciopelo carmesí, y montado en un soberbio alazan cubierto de ricos jaeces. Al llegar á la orilla del arroyo perdió este joven su magnífico caballo, y corrió á ocultarse entre los zarzales. El intrépido regidor de Lucena, Martín Hurtado, descubrió al ilustre fugitivo y le acometió con su pica; defendióse el apuesto moro con su cimitarra cuanto pudo, hasta que habiendo llegado unos soldados de Cabra y de Baena hubo de rendirse ofreciendo un gran rescate. Disputábanse los soldados la posesion del cautivo, y como uno de ellos se propasara á asirle con su mano, desnudó el altivo musulman su acero y le asestó una puñalada, á tiempo que á las voces de la disputa acudia el alcaide de los Donceles, al cual se acogió el moro rindiéndose á discrecion.—«¿Quién sois? le preguntó aquel.—Soy, respondió el sarraceno, de la ilustre familia de los Alnavares, hijo del caballero Aben Alnayar.» El cristiano le puso la banda de cautivo, y mandó conducirle con todo miramiento y consideracion al castillo de Lucena, donde se averiguaria su calidad y linaje (21 de abril, 1483).

En tanto el veterano Aliatar con el resto de la caballería avanzaba por los campos de Iznajar y de Zagra á buscar el paso del Genil. Pero allí se encontró súbitamente con una banda de caballeros cristianos que le arremetieron visera calada y lanza en ristre. Era el valeroso don Alonso de Aguilar, uno de los caudillos que se salvaron del desastre de la Ajarquía, que desde Antequera habia acudido con sus hidalgos cruzando á galope los campos de Archidona y de Iznajar en auxilio del alcaide de Lucena.—«Ríndete, le dijo el antiguo vencedor de Loja, y te otorgaré la vida.—Ni á tí ni á cristiano alguno, contestó el arrogante moro, se rendirá nunca Aliatar.—Pues acabe de una vez tu arrogancia,» replicó el cristiano:—y le descargó un tajo que le dividió las sienas, y su cuerpo derrumbado del caballo se perdió en las aguas del río. Así acabó el anciano y terrible alcaide de Loja, el padre de la sultana Moraima, la mejor lanza de todo el ejército granadino, que de este modo se libró de presenciar la humillacion y la ruina de su patria.

Y de esta manera quedó vengado el desastre y derrota de la Ajarquía. Costó á los moros la batalla de Lucena la pérdida de cinco mil hombres entre muertos y cautivos, entre ellos mucha parte de la nobleza de Granada, mil caballos, nove-



M. Pujadas. Lit.

NICHO EN EL PALACIO DE LA ALHAMBRA.

Antequera, algunos de ellos despues de haber andado muchos dias por los montes y breñas alimentándose de yerbas y raíces...

...y sabremos cortarle la cabeza y ponerla por trofeo en nuestros campamentos. En esto un ruido estrepitoso de cajas e instrumentos de guerra...

Solo un escuadrón de nobles jóvenes granadinos se fué sosteniendo con mucho orden hasta las márgenes de un arroyo, en cuyo seno se encallaban hombres y bestias que intentaban vadearle.

(1) Llamáronle así los granadinos, según dice el historiador granadino...

(2) A este escuadrón de nobles...

Por una puerta de hierro sale muy poco el viento... Cuánta pluma y gentileza... Toda es gente valerosa y experta para el combate...

...y sabremos cortarle la cabeza y ponerla por trofeo en nuestros campamentos. En esto un ruido estrepitoso de cajas e instrumentos de guerra...

Solo un escuadrón de nobles jóvenes granadinos se fué sosteniendo con mucho orden hasta las márgenes de un arroyo, en cuyo seno se encallaban hombres y bestias que intentaban vadearle.

En tanto el veterano Alístar con el resto de la caballería avanzaba por los campos de Iznajar y de Aguilera a buscar el paso del Genil. Pero así se venía ya tristemente con una lanza de caballería cristiana que le atravesó el vientro...



Montaner y Simon. Edit. M. Fajadas. Lit.

NICHO EN EL PALACIO DE LA ALHAMBRA.